

El *Jaca*, que era conservador y se llamaba D. Antonio Ferrer, huyó aterrorizado declinando el mando en otra persona. Pero la actitud tranquila de los recién llegados no tardó en inspirar confianza, y los furtivos ó escondidos, con excepción de Ferrer, comenzaron á mostrarse. Entonces la curiosidad aguijoneó hasta á los más tímidos.

—¿Cuál es?

—Ese.

—¿Ese indio?

—Sí, ese es el Presidente de la República.

Entre tanto aquel grupo de immaculados se entregaba al descanso en blandas hamacas, bajo la sombra de los pajizos techos, al abrigo de un sol abrasador que inflamaba las estériles arenas de los médanos. Tajadas de sandía, mostrando los tres colores de nuestra bandera, por la que peleaban aquellos patriotas, circulaban á profusión y su fresco jugo iba á calmar el irritante calor del viaje.

De repente uno de aquellos personajes presta oído atento á un rumor por él escuchado; pónese en pie, toma un rifle y se dirige apresuradamente á la mitad de la calle; prepara el arma, apunta, óyese una detonación

—¿Qué es, preguntó Juárez?

—Esto, señor, respondió el hombre del rifle, señalando con el dedo un loro agonizante que aleteaba sobre la caliente arena. ¡Qué hermosa caza! agregó. Mirent; allá va una numerosa bandada de loros. ¡Valen mil pesos por lo menos!

El cazador levantó ufano el perico; ya estaba muerto. Casi al instante, por allá arriba, lejos, por los aires, se oyó un parloteo indescriptible; otra bandada de loros se acercaba. Relucen nuevos rifles y pistolas. Aquello iba á ser una batida en forma.

Los loros, esmeraldas aladas, se acercan; las miradas ansiosas levantan las armas también

—Señores, dijo en voz alta un hombre vestido con *calzoneras* de cuero, que en tales momentos llegaba; señores, está prohibido tirar dentro de la población.

—¿Qué?

Los loros pasaron sobre la cabeza de los cazadores sin interrumir su eterna algarabía.

Digo que no está permitido tirar dentro de la población. Hace nos cuantos días un salinero estuvo á punto de morir á manos de un cazador imprudente, y por esa causa se dió esta disposición.

—¿Quién representa aquí la autoridad?

—Yo.

—Amigo, dijo Juárez, levantándose de su hamaca y estrechando la mano del Comisario, es usted un *Juez* que cumple con su deber, y agregó sentenciosamente: *La ley será respetada.* ¿Cómo se llama usted?

—Ignacio Avalos, para servir á usted.

—Gracias, me gusta su procedimiento. El Presidente de la República ofrece á Ignacio Avalos su amistad.

* * *

El 11 de Abril de 1858, un año antes de la hecatombe de Tacubaya, Juárez y sus ministros, menos Degollado, se embarcaron en Manzanillo á bordo del vapor americano *Jhon L. Stephens*, que se dirigía rumbo á Panamá.

Iban á establecer en Veracruz *el imperio de la ley.*

GREGORIO TORRES QUINTERO.